

NEW LEFT REVIEW 97

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2016

	ARTÍCULOS	
BENEDICT ANDERSON	Enigmas de Rojos y Amarillos	7
MIKE DAVIS	El desierto que viene	23
ENTREVISTA		
STATHIS KOUVELAKIS	Ascenso y caída de Syriza	45
ARTÍCULOS		
ALBERTO TOSCANO	¿Un estructuralismo del sentimiento?	73
FREDRIC JAMESON	La antiestética de German	97
SANJAY REDDY Y RAHUL LAHOTI	1,9 dólares al día: ¿qué significa esto?	108
CRÍTICA		
ADAM TOOZE	¿Un pánico más?	133
REBECCA KARL	Pequeño gran hombre	145
GREGOR MCLENNAN	Esencia y flujo	159

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Alexander Pantsov y Steven Levine, *Deng Xiaoping: A Revolutionary Life*, Nueva York, Oxford University Press, 2015, 610 pp.

REBECCA KARL

PEQUEÑO GRAN HOMBRE

Los argumentos que defienden Alexander Pantsov y Steven Levine en su nueva biografía de Deng Xiaoping son audaces y claros. Enfatizan – repetidamente y en cursiva, nada menos– que el suyo es un tratamiento impecablemente «objetivo», afirmación que justifican empezando por ofrecer una puesta en escena de la represión en la plaza de Tiananmen de junio de 1989 en la que Deng juega un papel central. Este dispositivo narrativo anuncia que no se pretende tapar el rol que desempeñó Deng a la hora de autorizar el baño de sangre, en patente contraste con la tremenda hagiografía firmada por Ezra Vogel, *Deng Xiaoping and the Transformation of China* (2011), que es mucho más ambivalente al respecto. Al presentar esta historia de manera tan directa, Pantsov y Levine quieren ganarse nuestra confianza, por mucho que la versión que proponen en realidad no ofrezca una nueva luz sobre la actuación de Deng en aquel trágico y sangriento episodio. Su objetividad se presenta además como una cuestión de fuentes de prueba, cuyo volumen y alcance es ciertamente impresionante. Los autores hacen uso de las amplias fuentes documentales publicadas en trabajos de investigación en lengua china y en inglés, pero también en el Archivo del PCUS en Moscú, que contiene fichas de más de 3.000 líderes comunistas chinos, incluyendo dos dosieres personales, nunca antes examinados, sobre el propio Deng. En la medida en que Deng no sólo estudió, en la década de 1920, en la Universidad Comunista del Este, en Moscú, y trabajó con agentes de la Komintern en tanto que cuadro del Partido Comunista Chino en las décadas

de 1930 y 1940, sino que también encabezó sucesivas delegaciones chinas al Kremlin en las enconadas negociaciones que terminaron con la ruptura chino-soviética de la década de 1950, había buenas razones para esperar que estas fuentes en lengua rusa pudieran aportar un ángulo fresco en torno a la cuestión de cómo el diminuto Deng se convirtió en el gran Deng. Sin embargo, todas estas fuentes aportan menos de lo que cabía esperar.

Pantsov, un académico formado en la Unión Soviética experto en el movimiento revolucionario chino anterior a 1949, enseñó en el Instituto de Relaciones Exteriores de Moscú antes de establecerse en Estados Unidos en 1994, a la edad de 39 años, y reside actualmente en Ohio. Su estudio sobre los bolcheviques y la revolución china [*The Bolsheviks and the Chinese Revolution*] apareció en 2000. Levine, un historiador de la Universidad de Montana, es coautor de *Arch of Empire: America's Wars in Asia from the Philippines to Vietnam* (2012). Es traductor de la biografía de Mao escrita en lengua rusa por Pantsov, obra que también prometía hacer revelaciones de los archivos soviéticos, y que fue publicada con el título *Mao: The Real Story* (2012), como una refutación de la anatemización llevada a cabo por Halliday y Chang. ¿En qué medida *Deng Xiaoping: A Revolutionary Life* se corresponde con las promesas de sus autores?

Hijo de un terrateniente cultivado, Deng nació en agosto de 1904 en la provincia de Sichuan, por entonces uno de los centros de producción nacional de opio y —con el colapso de la dinastía Qing en 1911— escenario de feroces luchas locales por el poder, en las que terratenientes militaristas rivales pugnaban por tomar el control en el vacío posimperial. Deng estudió a los clásicos del confucianismo en una escuela primaria de pueblo, y luego matemáticas, historia, geografía y ciencias naturales en la capital de la región, Guang'an. Bajo de estatura para su edad (de adulto apenas sobrepasaba el metro cincuenta), Deng, se nos dice, tenía «pocas cejas, piel blanca, ojos pequeños y un temperamento volátil». A los quince años, su padre lo apuntó en la escuela preparatoria de Chongqing, donde Deng luego aprovecharía la oportunidad de participar en un programa de trabajo y estudio de inspiración anarquista en Francia. El proceso de politización de Deng empezó con las radicalizaciones culturales antiimperialistas del movimiento del 4 de mayo de 1919, animadas por lo que se percibía como la traición a China en Versalles. Los estudiantes de Chongqing, situados en la periferia de un movimiento cuyos centros eran Pekín y Shanghai, debatían acaloradamente, en torno a una hoguera donde ardían mercancías japonesas, el torrente de artículos que les traía la prensa política.

En 1920, sin hablar idiomas extranjeros y con sólo una preparación justa, Deng se subió a un barco en Shanghai y partió hacia París, donde debía unirse a un grupo reducido de idealistas intelectuales chinos que trataban de aprender y vivir la filosofía radical en el centro de Europa. Pero los

estudiantes chinos que trataban de incorporarse como fuerza de trabajo en Francia se encontraron compitiendo con una avalancha de franceses en paro, recientemente desmovilizados. Deng, que no fue capaz de aprender francés (ni después, ruso), terminó encontrando trabajo en la planta de Renault en Billancourt. Según su propio relato, fueron los insultos de los capataces en las fábricas francesas los que le enseñaron lo que era la conciencia de clase. Pronto hallaría en la recién creada Liga de la Juventud Socialista China, liderada por Zhou Enlai, una suerte de puente con la clase trabajadora francesa; en 1925 se había convertido en miembro de pleno derecho de la rama europea del Partido Comunista Chino. «Nunca fui expuesto a la influencia de otras ideas», diría luego Deng, exagerando un poco: «Vine al comunismo directamente». Trabajando con Zhou, Deng ayudó a editar un periódico mimeografiado, organizó manifestaciones del frente único y se convirtió en uno de los pilares de la organización en Francia. En 1926, a la edad de veintiún años, fue enviado a Moscú para convertirse en un bolchevique más eficiente mediante la disciplina y el estudio. La Universidad Sun Yat-sen de Moscú tenía por entonces alrededor de 1.600 estudiantes, entre los cuales los chinos formaban el contingente mayor. Deng estudió junto al hijo de Chiang Kai-shek, Chiang Ching-kuo, siguiendo un plan de estudios que incluía a Marx, Lenin, Stalin, Bujarin y Kautsky. A pesar de sus problemas con el ruso, Deng obtuvo una recomendación de sus tutores por su tesón en el estudio y por «sentar un ejemplo para otros», según puede leerse en su ficha personal en los archivos estatales de Moscú. Pensaron que sería «más valioso en las labores de organización y propaganda», ya que era capaz de «llevar a la práctica los puntos de vista del Partido dentro del Kuomintang» (el cual seguía todavía nominalmente unido a los comunistas chinos en un frente único, y por ello continuaba siendo el receptor de la asistencia política y militar soviética a pesar de la campaña de Chiang contra la izquierda). En enero de 1927 Deng fue enviado al norte de China, donde impartió a los nuevos reclutas de una academia militar del Kuomintang lecciones sobre historia china, los principios bolcheviques y la cuestión agraria. Presenció en primera persona la represión contra el PCCh y sus organizaciones de masas durante el Terror Blanco de Chiang.

Pantsov y Levine describen con gran detalle las tareas de Deng en tanto que organizador del PCCh en aquellos años tan turbulentos. Deng fue el encargado de escribir las actas de la reunión de emergencia que el Comité Central del PCCh celebró en Wuhan durante el verano de 1927, donde Mao Tse-Tung, once años mayor que Deng, se enfrentó con el emisario de la Komintern a propósito de la estrategia de la guerra de guerrillas. Cuando la persistente represión forzó al Partido a la clandestinidad, Deng recibió el encargo de dirigir su secretariado en Shanghái, fingiendo ser un marchante de arte mientras organizaba fichas, fondos, contraseñas y alias. Allí, a la

edad de 23 años, se casó con su primera mujer, una antigua compañera de estudios en Moscú, que moriría de parto dos años después; la joven pareja compartía alojamiento con Zhou Enlai y su esposa.

En 1929 el PCCh envió a Deng al sur del país, con el cometido de hacer llegar armas y fondos de Rusia a los combatientes locales, dirigidos por comunistas, que luchaban contra el Kuomintang en las gargantas fluviales semitropicales de la provincia de Guangxi. La operación terminó en desastre, ya que las fuerzas de la izquierda recibieron de la Komintern una orden de asalto que estaba muy por encima de sus posibilidades. En 1931, después de escapar de varias situaciones difíciles, Deng fue reenviado a Shanghai. Treinta y cinco años, en el punto álgido de la Revolución Cultural, sería acusado por guardias rojos de haber desertado de su puesto; en aquel momento, con el apoyo de Zhou, fue simplemente reasignado al Área del Soviet Central de Mao en Jiangxi. Deng fue uno de los pocos en defender la estrategia política y militar de Mao —guerra de guerrillas, revolución rural, movilización campesina— contra la facción de Moscú del PCCh, por entonces dominante. Cuando Mao fue relegado en 1932, Deng fue temporalmente suspendido del Departamento de Propaganda y su segunda mujer se divorció de él al instante. Pero cuando Mao reconquistó el liderazgo durante la Larga Marcha, Deng —que escribió las actas de la célebre reunión de Zunyi en 1935, donde Mao lanzó su ataque al historial militar de la facción de la Komintern— vio brillar su estrella. Durante el trayecto épico desde Jiangxi hasta Sichuan, y desde allí hacia el norte hasta Yenan, en la provincia de Shaanxi, Deng recibió primero el encargo de producir el periódico del Partido, *Hongqi* (bandera roja), y después fue promovido por el propio Mao al liderazgo político del primer Grupo del Ejército de Lin Biao.

En la época en que operaba en el cuartel general de Mao en Yenan, Deng se casó con su tercera esposa, Zhuo Lin, con quien tendría cinco hijos. Pantsov y Levine dibujan al Deng de estos años como un pequeño bromista con un fuerte acento de Sichuan, devoto de la comida aderezada con chile; temperamental pero muy trabajador, ávido jugador de bridge, muy aficionado a la bebida y fumador, capaz de una autodisciplina de hierro y de una cautela táctica extrema. Responsable del departamento para el norte de China, organizó reformas agrarias en el territorio controlado por el PCCh tras las líneas japonesas. Tras la derrota de Japón en 1945, cuando tanto Moscú como Washington presionaban en favor de un acuerdo con Chiang Kai-Shek, las tropas bajo el liderazgo político de Deng jugaron un papel crucial al asegurarse el control de ulteriores regiones del norte antes en poder del Kuomintang, apuntando ya la dinámica de la guerra civil de cuatro años. Junto al comandante militar Liu Bocheng, Deng lideró el audaz empuje del Ejército Popular de Liberación en su marcha hacia el sur, en la región de las Montañas Dabie. A principios de 1949, ayudó a diseñar el plan para

cruzar el Yangtsé y tomar el sur del país. Aquel octubre estuvo presente en la plaza de Tiananmen, con ocasión de las ceremonias de proclamación de la República Popular China.

A medida que los comunistas consolidaban su control, el primer nombramiento de Deng fue como líder del Partido en la Región Sudoccidental, donde supervisó la anexión del Tíbet y una rápida redistribución de la tierra. Los autores dan cuenta de la campaña enérgica de Deng para ejecutar contrarrevolucionarios: más de 8.000 fueron muertos entre 1950 y 1951 en el Sichuan occidental, en contraste con los 700 de Pekín, lo que llevó al propio Mao a intervenir. Convocado a la capital en 1952, Deng se estableció como jefe del secretariado del Partido y en 1955 fue elevado al Politburó, donde disfrutó de la estima del presidente: «Deng Xiaoping es bueno en todo, tanto en la política como en los asuntos militares», dijo al parecer Mao. Deng era por entonces el sexto en la jerarquía del Partido, después de Mao, Liu Shaoqi, Zhou Enlai, Zhu De y Chen Yun. Su familia se mudó a Zhongnanhai, donde ocupó una enorme casa con patio, el Pabellón de la Belleza Celestial, y varios cocineros y sirvientes. Deng, ya en su cincuentena, era un habitual de «los clubs de la élite del partido», donde disfrutaba con el whisky, los billares y el bridge. Con frecuencia Mao recibía, echado en la cama, a líderes internos del Partido; se dice que Deng se solía sentar más cerca de su cabeza, porque cada vez oía peor.

Debido a su exclusiva concentración en las maniobras del Partido y en la política que giraba en torno al mismo (consecuencia tanto de decisiones interpretativas como probatorias), lo que con más evidencia se echa en falta en el relato de Pantsov y Levine es cualquier atisbo de sensibilidad hacia el país en su conjunto durante aquellas turbulentas décadas. No nos dan ninguna indicación de por qué un gran número de chinos simpatizaban potencialmente con la revolución. Tampoco dan cuenta de los puntos muertos nacional-históricos ante los cuales los comunistas prometían soluciones. Y no aportan ni la más mínima caracterización de los nacionalistas, como tampoco de los japoneses. Aunque la narración documenta exhaustivamente el liderazgo en el combate, las idas y venidas de los diferentes personajes en sucesivas reuniones del Politburó y del Comité Central, no hay ninguna discusión sobre cómo se relacionaban con los problemas reales existentes en la práctica. No se nos dice nada sobre las razones para lanzar la reforma agraria y la educación socialista en las regiones liberadas, como tampoco del fermento intelectual en las grandes ciudades. De hecho, Pantsov y Levine no hacen gran cosa por investigar la concepción que Deng tenía de su tiempo, al margen de la forma en que la época se relacionaba con los detalles de la política de partido. Por ejemplo, dan cuenta del trabajo dirigente de Deng como editor del *Hongqi* y de otros órganos portavoces del PCCh, pero el material que publicó nunca es analizado en busca de posibles

pistas sobre su pensamiento o posiciones ideológicas. Los autores mantienen que Deng nunca fue un gran teórico, pero esto no puede querer decir que nunca aplicara la cabeza a cuestiones de estrategia o de análisis social. ¿Sobre qué base decidió, en las décadas de 1930 y 1940, que la línea de Mao era más viable para la Revolución china que la de la facción partidaria de Stalin? Sus biógrafos no entran en ello.

El resultado de esta perspectiva interpretativa de los autores es que la motivación de Deng aparece como un mero ejercicio de lealtad a un imperativo organizacional; las acciones de Deng no se analizan más que en términos del éxito que tuvieron a la hora de fortalecer la posición de su partido, o de predecir los «humores de Mao». La vida interior de Deng solo se trata en términos de detalles domésticos de carácter general: su amor por la comida de Sichuan, que cocinaba él mismo en Yan'an; los nombres de sus hijos; su destreza en el bridge; su aparente fidelidad a Zhuo Lin, cuando la mayoría de sus camaradas eran notorios mujeriegos (o al menos, eso es lo que cuenta su hija). Lo que él pensaba —cómo debería evaluarse a Deng— en tanto que comunista o, incluso, como marxista, parece que les resulta completamente ajeno. Se podría argumentar que la óptica estrecha de Pantsov y Levine tiene al menos el mérito de ofrecernos un hilo narrativo claro durante las tres décadas de lucha opositora de los comunistas chinos transcurridas entre 1919 y 1949; que, durante este período objetivamente caótico, nos aporta una línea analítica nítida. Sin embargo, el efecto inevitable de este enfoque limitado es encaminar la narración hacia las querellas personales internas al Partido, y obviar la consideración de las condiciones reales, políticas y económicas, que eran su causa y ante las cuales las distintas facciones proponían respuestas diferentes. Esto obliga al relato a adoptar un modo estrictamente cronológico: la maldita letanía de una cosa después de la otra.

Los autores evitan hacer cualquier análisis de la relación existente entre las facciones presentes en el seno del Partido, así como de los problemas reales que debían ser resueltos durante la transición china hacia la independencia y la soberanía nacional, a pesar del embargo, lo cual les permite dejar de lado las cuestiones, francamente difíciles, que tuvo que enfrentar el PCCh cuando tomó el poder, como, por ejemplo, las relacionadas con la combinación de la teoría revolucionaria y la praxis de la construcción de un Estado. Sin embargo, eran precisamente estas cuestiones las que plantearon los mayores problemas a los líderes comunistas chinos, cuando tuvieron que enfrentarse a los dilemas del desplazamiento social, la pobreza y la destrucción del país, y teniendo que lidiar, en el extranjero, con un aliado soviético poco fiable. En *Mao: The Real Story*, Pantsov y Levine despachan estos asuntos de mala manera cuando examinan la vida del principal teórico del PCCh, así que no sorprende que en su análisis del «poco teórico» Deng se limiten simplemente a barrerlos debajo de la alfombra. En su relato, la

carrera de Deng queda reducida a una serie de intrigas palaciegas, purgas y gratificaciones, a las que sólo los más ágiles y obedientes podían sobrevivir. Deng estuvo entre los supervivientes; un hombre de Partido y un hombre acorazado, leal a la disciplina del PCCh a través de todas las vicisitudes, desde la década de 1920 a principios de la de 1960.

Deng fue uno de los actores principales durante la campaña antiderechista de 1957 y 1958, durante la cual se envió a alrededor de medio millón de personas a campos de trabajo, y fue uno de los primeros y más ardientes proponentes del Gran Salto Adelante. Pasó gran parte de 1958 recorriendo el país, animando a aumentar la producción de acero a costa del grano, mientras insistía en que los objetivos de exportación de arroz debían cumplirse para salvar la cara en el extranjero. Durante aquel invierno el hambre entró en escena. Pero todavía en septiembre de 1959, Deng atacó, en el *Diario del Pueblo*, «a los oportunistas de la derecha que no saben ver los éxitos del Gran Salto». Aunque Deng eventualmente pasaría a la historia como alguien que revirtió las políticas del Gran Salto, Pantsov y Levine pasan apuros para explicar tal cambio de actitud (si es que lo hubo).

La biografía contiene mucha información en torno a la peliaguda cuestión de las relaciones chino-soviéticas, en las que Deng jugaría un papel central; pero aquí, de nuevo, el análisis está implacablemente personalizado. Pantsov y Levine argumentan que a las complejas relaciones entre Mao y Stalin —en las que el primero respetaba el poder y la autoridad del segundo a regañadientes, molesto ante sus prescripciones políticas, resentido ante sus malos modos— les siguió la constatación de que a Jrushchov no había que tomárselo tan en serio. Hay suficientes pruebas de este deterioro de las relaciones personales: Mao sometió al líder soviético a unas negociaciones en un balneario plagado de mosquitos, y «soltó» a Deng para que atacara el chovinismo de gran potencia de la Unión Soviética; un Jrushchov borracho trató a su homólogo chino de imbécil, y lo comparó con un par de chanclos viejos. Pero lo que quizá Pantsov y Levine también deberían haber considerado es el impacto que tuvo en las relaciones entre el PCCh y el PSUC la política soviética de acercamiento a Washington: el acuerdo nuclear chino-soviético fue cancelado en el verano de 1959, en la víspera de la reunión entre Jrushchov y Eisenhower. Después de aquel cara a cara en Camp David, Mao acusó a Jrushchov de ser un oportunista y un aprovechado, mientras Deng atacaba con fiereza el «revisionismo soviético» en un discurso de hora y media en un banquete internacional. La respuesta de Jrushchov fue cortar toda ayuda soviética, retirar a los especialistas rusos de China y detener la construcción de doscientos cincuenta macroproyectos industriales. Mao envió a Deng a Moscú, para que le dijera a Jrushchov: «La ayuda es una obligación proletaria internacional; no se ayuda para controlar e interferir en los asuntos internos de la otra parte». Sin embargo, a pesar de la profusión de

detalles, este relato no llega a dar cuenta de lo que de verdad estaba en juego, en términos ideológicos, en la escisión chino-soviética.

Particularmente frustrante es la forma en que Pantsov y Levine dan cuenta de las luchas en el seno del Partido en torno a la política agraria a principios de la década de 1960. Describen con pelos y señales las reuniones del Politburó y del Comité Central, lo cual es útil pero no especialmente original, pues este terreno lo han cubierto ya bien los académicos y expertos en política china. No aportan ningún análisis de las relaciones sociales reales en el país donde se iba a aplicar la política agrícola en cuestión. Cuando Deng se alinea con Liu Shaoqi contra el Gran Salto Adelante y en favor del sistema de producción basado en los hogares, después de recorrer, a instancias de Mao, unas zonas rurales devastadas por el hambre en el verano de 1961, lo describen como «un milagro»: aquí comienza un nuevo periodo en la vida de Deng, marcado por el problema de «cómo oponerse al Líder sin comprometer su propia posición en el Partido». De nuevo, lo que todo esto significa —la razón de por qué es importante, más allá de la cuestión de las luchas de poder— no entra en la foto más que tangencialmente. Se hace caso omiso de los sustentos ideológicos y de la trascendencia de los argumentos: «Por supuesto, Deng no pretendía restablecer la propiedad privada de la tierra. Todas las formas de relación de producción a las que se refirió eran socialistas», escriben. Sin embargo, evidentemente, lo que estaba sobre la mesa era precisamente en qué habrían de consistir las relaciones de producción socialistas en el campo. La afirmación de que Deng estaba preservando el socialismo elude, con una avalancha de detalles burocráticos, cualquier discusión en torno al significado de la lucha entre «las dos vías» de construcción del socialismo y la restauración del capitalismo. De hecho, ya en el periodo inmediatamente posterior al Gran Salto, las señales apuntaban a la reanudación de las relaciones productivas asimétricas en el campo. Las batallas políticas de este periodo —en torno al revisionismo soviético, a los contratos domésticos, a la caza de los «pequeños jrushchovs que anidaban en el Comité Central»— no tenían únicamente que ver, como nos sugiere este relato, con Mao imponiendo su dominio o con Deng demostrando algo de agallas, sino que eran enfrentamientos en torno a la definición y la práctica del propio socialismo. La lucha de poder en el seno del Partido era un síntoma de lo que estaba en juego en estas cuestiones ideológicas cruciales.

Sin duda, las ambiciones personales y las animosidades jugaron un papel en estas batallas, sobre todo a medida que los primeros años de lucha entre las dos vías daban paso a un endurecimiento, hasta dar lugar a los antagonismos de la Revolución Cultural. Pero un enfoque que se basa sólo en las personalidades individuales y en la política interna del Partido aporta poco en términos de interpretación. Así, por ejemplo, aunque Deng había dirigido el secretariado del Partido durante más de una década, sus biógrafos

no ofrecen un análisis de la función de dicho órgano; no explican cómo su supuesta evolución hacia un «reino independiente» de burocracia llevó a la llamada de Mao de mayo de 1966 a «¡Bombardead el cuartel general [del Partido]!», iniciando de esta forma la fase violenta de la Revolución Cultural. Y aunque Pantsov y Levine se estremecen ante la idea de los jóvenes guardias rojos recibiendo permiso para asaltar el santuario de Zhongnanhai, gritar eslóganes y destruir las «cuatro cosas viejas» [las ideas, la cultura, las costumbres y los hábitos], no hacen el menor intento por entender de dónde provenían sus agravios, y cómo se movilizaron de una forma tan efectiva. Al igual que sucede en tantos otros relatos de la Revolución Cultural, los guardias rojos aparecen en general como adolescentes enloquecidos. Aunque los autores mencionan las estrechas relaciones personales que existían entre Deng y varios generales influyentes del Ejército Popular de Liberación como Ye Jianying (¿un compañero de bridge, tal vez?), no ofrecen ningún análisis del ejército como tal, o de las relaciones entre este y el Partido (estas últimas tienen un especial interés, ya que el ejército sería llamado a suprimir el desorden social de los tres primeros años de la Revolución Cultural).

La Revolución Cultural pasa como un confuso torbellino de horribles maltratos y trabajos forzados para algunos. A pesar de las perturbaciones en sus vidas personales y políticas, Deng y Zhuo Lin siguieron disfrutando de un estilo de vida relativamente privilegiado durante aquel periodo, incluso después de que el hijo mayor de Deng, Pufang, quedara paralizado a resultas de un trágico incidente. Al principio quedaron recluidos en arresto domiciliario en su bien aprovisionada mansión, donde continuaron percibiendo su salario mensual de 520 yuanes (más de diez veces superior al del trabajador medio). Luego, tras el conflicto fronterizo chino-soviético de 1969, cuando Mao ordenó la evacuación del gobierno de Pekín, fueron trasladados a una residencia de oficiales en la zona rural de Jiangxi, rodeados de plátanos y árboles de canela. Se nos informa debidamente de la costumbre de Deng de ingerir licor a la hora de acostarse en esta residencia relativamente lujosa para la reeducación. En 1973, cuando fue llamado de vuelta a Pekín para suceder a Zhou al frente de la política exterior, las tres hijas de Deng tenían todas buenos empleos y maridos exitosos, y eran mucho más afortunadas que la mayoría. Los líderes originales de la revolución estaban ahora en las últimas: Zhou, de 76 años, era un enfermo terminal, y Mao, octogenario, pronto contraería esclerosis lateral amiotrófica. Refiriéndose a Deng, que por entonces cumplía 70 años, Mao diría: «¡Sólo él es joven y fuerte!».

La primera tarea de Deng en política exterior fue coordinar la respuesta china al *rapprochement* del gobierno de Nixon: empantanados en Vietnam, los estadounidenses se sentían atraídos por el «ferviente antisovietismo» de China, según nos cuentan los autores. Mientras estaba en Nueva York con ocasión de una reunión de Naciones Unidas en 1974, Deng tranquilizaría a

Kissinger (entre sorbos de licor de *maotai*): «Estamos juntos en la lucha contra el oso del norte». La muerte de Mao en septiembre de 1976 fue seguida de una nueva pelea política entre los dos bloques defensores del «lo que sea»: la vieja guardia, incluidos muchos generales, jurando lealtad a «lo que sea» que hubiera dicho o hecho Mao, mientras los partidarios de Deng se alineaban tras una de las sentencias tempranas de Mao, «Buscar la verdad a partir de los hechos». Tras el arresto y la marginación del «grupo de los cuatro» (incluida la mujer de Mao, Jiang Qing), en julio de 1977 el pleno del Comité Central votó por unanimidad restaurar a Deng en los puestos más altos en tanto que líder supremo *de facto*. Durante los siguientes dos años Deng fijaría el rumbo de China para las décadas sucesivas, mediante una serie de intervenciones cruciales. Desde el punto de vista de la política exterior, ello implicaba la cimentación del «frente unido» con Washington contra Moscú, tal y como Deng informó a la revista *Time* durante su gira triunfal por Estados Unidos en 1979. Con el apoyo tácito del gobierno de Carter, a continuación lanzó una invasión militar de Vietnam, para castigar a Hanoi por haber derribado a Pol Pot. «Deng ansiaba una guerra con Vietnam», escriben Pantsov y Levine. Superando la oposición de los generales del ejército popular, tomó personalmente el mando de la operación, que resultó ser un completo desastre. Al mismo tiempo, promovió la «apertura» económica a la inversión de capital, y visitó Japón para asegurarse la tecnología y la financiación, si bien sus biógrafos sugieren que depositó mayor confianza en la diáspora china en tanto que fuente de capital.

En política interior, después de descolectivizar la agricultura y de establecer empresas municipales en ciudades y pueblos, Deng firmó la creación de una Zona Económica Especial en Shenzhen, señalando que la ventaja comparativa de China residía en «lo barato de nuestra fuerza de trabajo». Ante las protestas a propósito de las prácticas corruptas de los funcionarios de Guangdong en la Zona Económica Especial, Deng aseguró a los líderes provinciales del Partido que «no tenían nada que temer»: no había ningún problema en que algunos se hicieran ricos primero. Impulsó la política del hijo único, además de supervisar las cuatro modernizaciones (en agricultura, industria, tecnología y defensa), en busca de lo que, en discurso confucionista, se ha llamado *xiaokang*, es decir, una sociedad «moderadamente acomodada». Al principio, muchos experimentaron las reformas de Deng como liberadoras: la producción rural aumentó, y las reformas urbanas en el empleo, el consumo y la producción fueron cuajando poco a poco. Los intelectuales fueron reincorporados a la vida social, los escritores y poetas reanudaron su vida del espíritu y del texto, los artistas exploraron nuevas prácticas estéticas, y reabrieron las universidades y las escuelas. Pero cuando los estudiantes y los jóvenes trabajadores empezaron a pedir que comenzara la «quinta modernización», y aparecieron, en 1979, carteles con

grandes caracteres criticando la guerra de Deng en Vietnam en el (oficioso) Muro de la Democracia de Pekín, Deng ordenó una represión sin concesiones. Con los Cuatro Principios Cardinales, anunció la inviolabilidad del «mandato burocrático» del Partido, envuelto en eslóganes que llamaban a mantener la «vía socialista» (incluso mientras las normas socialistas iban siendo arrancadas de raíz y la desigualdad económica regresaba redoblada). Después de haber puesto su sello de esta manera en el nuevo curso de la RPChh, Deng se retiró de las operaciones del día a día. Dejó a sus protegidos Wan Li y Zhao Ziyang a cargo de la gestión económica, con Hu Yaobang al frente del Partido. Deng apenas visitaba Zhongnanhai, la sede del Partido. Recibía los informes de sus suplentes en el confort de su hogar, o mientras paseaba por su jardín arbolado. Sólo intervenía para mantener el equilibrio entre los principios que había consagrado: la apertura a Estados Unidos, la demostración de poder a escala regional, el crecimiento económico y el gobierno del Partido.

Estas reestructuraciones de la vida social y económica crearon tensiones enormes entre el centro y las provincias, entre el aparato del Partido-Estado y otras fuerzas sociales de carácter más local. La marginación de la vieja guardia, incluyendo a aquellos campesinos que habían ascendido en las filas del Partido durante la Revolución Cultural, y la promoción del talento tecnocrático más joven fueron acompañadas de una intensa lucha en torno a cuestiones de carácter práctico e ideológico. Las certidumbres de la época de Mao eran aún bastante fuertes, y aquellos que seguían ciñéndose a ellas se veían ahora amenazados –o escandalizados– por el abandono de los principios socialistas; al mismo tiempo, nuevas fuerzas, tanto en el interior como fuera del Partido, presionaban para que las reformas fueran más radicales y más rápidas. Estas tensiones prácticamente no aparecen en el relato de Pantsov y Levine, aunque su agudización en el curso de las décadas siguientes haya sido probablemente uno de los legados más difíciles de abordar de la era Deng. Ayudaron a dar forma al movimiento social de 1989, aplastado de una forma tan despiadada por el mismo Deng. Por desgracia, no aprendemos nada nuevo del relato que esta biografía nos ofrece de la masacre de Tiananmen, que en su mayor parte es un extracto de los *Tiananmen Papers* de Andrew Nathan y Perry Link. ¿En qué medida las tensiones sociales desencadenadas por el propio Deng contribuyeron a los meses de inestabilidad que llevaron al despliegue de los tanques? Tal y como señalan los autores, Deng, por supuesto, dio su aprobación, puso a Zhao Ziyang bajo arresto domiciliario e instaló a Jiang Zemin en el cargo de secretario general, después de haber quedado impresionado por la forma en que lidió con las protestas estudiantiles en Shanghái. Pero lo que todo esto pueda significar, más allá de ofrecer una nueva ocasión para los juegos de poder, se deja a nuestra imaginación.

La última sección, «El pragmático», que abarca el regreso al poder de Deng, es potencialmente la parte más ilustrativa del libro y, sin embargo, termina siendo la más decepcionante. Nos enteramos de que fue en esta época cuando Deng hizo campaña contra la democracia de masas, campaña que se presentó como una lucha contra los movimientos de masas que habían caracterizado la versión de la práctica democrática de la era de Mao, pero que en realidad se ceñía a un impulso por despolitizar radicalmente la vida social en general. Deng habló contra el dogmatismo, ante todo mediante la promoción de la fórmula aforística «La práctica es el único criterio de la verdad». En el pensamiento de Mao y en su práctica política, los conceptos de «verdad» y «práctica» se entendía que estaban vinculados dialécticamente. Durante el periodo de Deng, sin embargo, la verdad pasó a definirse en primer lugar a través de su afirmación, mientras que la práctica era instrumental a la prueba de esa verdad. Las jerarquías sociales y las desigualdades económicas que Mao y su era habían tratado de extirpar para siempre volvieron de nuevo a ser la norma. He aquí el «pragmatismo» por el que Deng ha sido celebrado en todo el mundo.

Dejamos a Deng en su apacible mansión, jugando al bridge y deambulando tranquilamente por el patio con su anciana y leal esposa, retozando con los nietos, viendo el fútbol, fumando, escupiendo y bebiendo, aquejado por el párkinson al fin de sus días. A su muerte en 1997, el leal Zhuo Lin respetó sus deseos de que el funeral fuera modesto. En un epílogo de cinco páginas, los autores se asombran ante la transformación de Shanghái, la combinación entre una dinámica «economía de mercado» y una maquinaria estatal autoritaria, y reparan en los contrastes entre la Rusia de Gorbachov y la RPCh de Deng. China se benefició de un campesinado laborioso, unas boyantes redes chinas en el exterior que podían movilizarse en la participación «patriótica», una mano de obra barata y, al menos al principio de la década de 1980, unos cuadros dirigentes relativamente limpios de corrupción (en este punto Pantsov y Levine reconocen que la Revolución Cultural tuvo el efecto de «restringir el potencial para la autoindulgencia de la clase dirigente», en contraste con la corrupta *nomenklatura* soviética). En una época en que la Unión Soviética gastaba más del 40 por 100 de su PIB en la carrera armamentística de la Guerra Fría, la RPCh aún tenía que embarcarse en un serio esfuerzo de militarización. Gracias al progreso económico, nos dicen, Deng pudo contar con el apoyo del ejército, de los cuadros centrales del Partido, de la pujante clase media y de los campesinos acomodados cuando aplastó la oposición democrática en 1989. Todo esto lo leemos con una relativa sorpresa, ya que ninguno de tales factores ha jugado el menor papel en las 400 páginas precedentes del relato.

Sin duda este libro difiere de la obra de Vogel, que básicamente ignoraba los primeros setenta años de la vida de Deng para no escatimar elogios sobre

los últimos veinte. Y, tal y como Pantsov y Levine anuncian, su relato no pretende embellecer la vida de Deng: el papel central que este jugó en varios de los acontecimientos más sangrientos de la historia de la RPCh queda muy bien documentado. Además de rastrear en los extensos archivos soviéticos, los autores se han alimentado de un impresionante número de documentos y memorias en chino, ruso e inglés para referenciar cualquier posible detalle y cruzar cada dato empírico. Algunas de estas fuentes han sido tal vez tratadas de una manera más selectiva: así, por ejemplo, el dossier personal de Deng en los archivos de Moscú, es decir, su *lichnoe delo*, consistía en gran medida en contribuciones de miembros del Partido en las escuelas de los cuadros de la Komintern a las que Deng asistió, las cuales tenían un formato estándar; el objetivo era evaluar si el individuo en cuestión se comportaba o no como un buen bolchevique (Deng lo hacía). O, de nuevo, el relato de la hija Deng Rong sobre el papel que jugó su padre durante la Revolución Cultural es la fuente de carácter no crítico que ocupa largos espacios de la narración; incorpora diálogos domésticos sentimentalizados, y probablemente ficcionalizados, entre Deng y Zhuo Lin, en fuerte contraste con la prosa meticulosa que predomina en otras secciones del libro.

Dentro de este volumen ingente de detalles empíricos, se hace a veces difícil evaluar qué episodios son más significativos que otros, en ausencia de una interpretación crítica incisiva. En tanto que biografía, esta obra es esencialmente una crónica detallada. Quizá Pantsov y Levine temían que un argumento analítico pudiera poner en cuestión su proclamada «objetividad». Pero, en último término, su reducción de la vida de Deng Xiaoping a una serie de intrigas partidarias no es un juicio «objetivo», sino una interpretación de lo que es importante en la historia. El efecto agregado de su densa acumulación de detalles es sugerir que el propio Deng se movía sólo motivado por una obediencia incondicional a Mao, que no era más que un hombre del Partido, un organizador hasta el final. De esta forma, los autores caen en una versión floja de aquel estereotipo de la Guerra Fría, que presentaba el comunismo como una mera cuestión de tiranía personal. No hay nada «objetivamente» cierto en esto: aunque Mao pudiera desde luego ser autocrático, en juego había cuestiones ideológicas, históricas y prácticas que eran bien reales, y una biografía de uno de los actores centrales en este campo de batalla debería haberse tomado más en serio esas cuestiones. De hecho, cuanto más se acerca la narración al presente, más claro resulta lo extraordinariamente trascendental que fue y sigue siendo el ascenso de Deng (y no sólo para China, sino para el mundo entero). La decisión de restringir la narración a la política de partido deja totalmente sin explicar, o sin interpretar, dicha transcendencia.

El manejo descuidado que Pantsov y Levine hacen de las ideas políticas lleva a varias distorsiones desconcertantes. En uno de los primeros capítulos

del libro, al joven Mao se le atribuye la idea de que el PCCh «debería urgentemente formar un ejército compuesto de bandidos, de desposeídos, de mendigos y chusma del campo»; en la página siguiente, se nos dice que Mao llamaba a «una alianza entre los comunistas, la chusma y los bandidos contra los campesinos». En la primera acepción que citan los autores, «chusma» es una traducción de una palabra china que también podría verse conforme a una terminología más marxista: «lumpen». Sin embargo, en los usos sucesivos, Pantsov y Levine escriben ese término sin más explicaciones, como si se tratara de una categoría sociológica bien asentada, tanto para Mao como para cualquier otro. Sin embargo, lo cierto es que en su innovador «Informe sobre una investigación del movimiento campesino en Hunan» Mao sólo habla de chusma entre comillas, atribuyendo el término al ala derecha del Kuomintang, que lo utilizaba como insulto contra los campesinos: «todos aquellos a quienes la aristocracia rural ha despreciado, aquellos a quienes han arrastrado por el barro, gente sin un lugar en la sociedad, gente sin derecho a hablar». Insistía en que «debemos combatir el lenguaje contrarrevolucionario que habla de un “movimiento de chusma” y de un “movimiento de campesinos vagos”, y debemos tener especial cuidado de no cometer el error de ayudar a los tiranos locales y a la malvada aristocracia en sus ataques contra la clase campesina pobre».

En la pasada década —e incluso ya desde antes— ha tenido lugar en China una interminable controversia en torno a cómo evaluar a Deng Xiaoping, una controversia mantenida tanto en los medios sociales como en las publicaciones académicas. El problema parece ir y venir con el flujo de los avatares políticos: a quién se está investigando; quién ocupa una posición delicada; quién podría ser el próximo en ser importunado, investigado, derribado. En la medida en que la presente generación de líderes (al menos, los superiores y los medianos) está genealógicamente vinculada a los últimos años de Deng, es inevitable que la conversación vuelva al propio Deng. En términos generales, los dos campos se dividen entre el de aquellos que un día aplaudieron a Deng como a un héroe por derrocar a la izquierda maoísta, pero que ahora tienden a condenarlo por no haber ido lo suficientemente lejos; y el de aquellos que un día criticaron a Deng por haber abierto las puertas de China al capitalismo, pero que ahora están tan alarmados ante los abismales agujeros en la provisión social y el brusco descenso de las virtudes públicas y del civismo entre los nuevos ricos, que se han vuelto nostálgicos de las más cautelosas políticas de Deng. El libro de Vogel no trata estas cuestiones; Pantsov y Levine ni siquiera reconocen su existencia. Una lástima.